

ROSE B. LOREN

Su canción

A woman with long dark hair, wearing a light-colored sweater and blue pants, is seated on a wooden chair, painting on a canvas on an easel. To her left is a large, dark grand piano with its lid open, revealing the internal mechanism. The scene is dimly lit, with a soft light source from the right illuminating the woman and her work. Several musical notes and a treble clef are floating in the air around the piano, suggesting a connection between music and art.

zafiro♥

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Anabel es una joven soñadora española afincada en Canadá. Tras terminar sus estudios financieros acepta el trabajo de niñera que le ofrece un reconocido compositor de fama mundial, que abandonó su carrera tras la muerte de su esposa y que actualmente dirige la empresa familiar.

La llegada de Anabel a la familia le altera su vida por completo. La arrogancia, la vida libertina y la prepotencia de Andrew harán que desde el primer momento sus caracteres choquen, pero las niñas la adoran y harán todo lo posible para que entre ellos reine la paz.

Sin embargo, a veces el deseo es más poderoso que la razón y, una noche, Anabel sucumbirá a sus encantos y se dejará llevar, olvidándose del pasado. Pero no será hasta que escuche *su canción* cuando se rinda del todo a él y dé rienda suelta a sus verdaderos sentimientos.

Adéntrate en esta historia llena de pasión y amor cuyos protagonistas no te dejarán indiferente, y descubre el verdadero poder de la música y de una canción muy especial.

SU CANCIÓN

Rose B. Loren

zafiro[♥]

*Hay quienes traen al mundo una luz tan grande...
que incluso después de haberse ido esa luz
permanece.*

*En memoria de mi padre:
porque siempre brillarás en mi corazón*

Prólogo

Cinco años antes

Anabel miró por la ventana del avión hasta que sólo vio oscuridad, las nubes y la noche dando paso a que poco a poco los recuerdos del pasado se hicieran más dolorosos. Pero nada más eran eso, recuerdos que dolían; su madre los dejaba, tras un accidente de tráfico, ella con cinco años, y su padre se quedaba a su cargo, teniendo que contratar a una dura niñera que no sólo le infligía castigos físicos, sino también psicológicos cada vez que su comportamiento se apartaba del que ella le imponía. Su adolescencia no fue lo que se dice ejemplar, por lo que sus castigos fueron muchos, para qué negarlo. Así que, si miraba al pasado, todo dolía mucho. Pero eso había quedado atrás, porque con la muerte de su padre y viendo que las deudas pesaban más que el poco dinero que tenía, Anabel había decidido coger lo que le había quedado y poner tierra de por medio. No tenía nada y nada le quedaba en su país natal, España. Siempre le había llamado la atención Canadá, así que no se lo pensó mucho; agilizó los trámites para marcharse allí y se matriculó en Economía Financiera en la HEC de Montreal, una escuela de negocios independiente, afiliada a la Universidad de Montreal.

No era lo que más la apasionaba, pero de momento era lo único a lo que podía aspirar. Algún día conseguiría alcanzar su sueño, estudiar Bellas Artes, pero de momento tenía

que conformarse con hacer una carrera de Ciencias y ser práctica.

Andrew estaba en su mejor momento, en lo más alto de su carrera como compositor; había alcanzado su sueño. Pese a que había cursado estudios de Finanzas, desde que era muy pequeño había tocado el piano y la música le apasionaba. Gracias a su mejor amigo, Peter, que le dio la oportunidad de escribirle una canción, ahora componía para miles de artistas de fama mundial y acababa de ser padre. La suerte le sonreía. Sólo esperaba que fuera así para siempre, porque lo que más deseaba era seguir siendo compositor. Su esposa era su musa, y ahora también su pequeña Sophia, una preciosa niña morena de ojos azules, muy parecida a él, que acababa de nacer y que llevaba el nombre de la madre de Andrew. Su padre había fallecido hacía tan sólo unos meses y había sido un duro golpe. Él siempre había querido que Andrew dirigiera la empresa familiar, aunque al final entendió que su destino era la música, que era lo que deseaba y lo que mejor se le daba. Lástima que no pudiese conocer a su nieta. Aunque la vida tenía que continuar y la suya sería siempre como compositor.

Capítulo 1

En la actualidad

Tras entregar multitud de currículos a empresas y deambular por las calles, Anabel entendió que lo de buscar trabajo era todo un reto. Llevaba varios meses sin encontrar nada en absoluto y el dinero se agotaba. Había terminado el máster con unas calificaciones estupendas, pero el problema era su falta de experiencia. También había realizado varios cursos de formación, pero el dinero no le daba para apuntarse a nada más, ya que no encontraba ningún trabajo con el que costearse absolutamente nada; tenía que escatimar hasta el último centavo.

Para colmo, su última compañera de piso y mejor amiga, Chloe, se había mudado hacía dos meses con su novio a Nueva York y, si Anabel no encontraba trabajo pronto, tendría que buscar un apartamento más pequeño o incluso mudarse a una habitación. Estaba totalmente desesperada; no le importaba trabajar de camarera o en una tienda, de cualquier cosa con tal de ingresar algo de dinero con el que subsistir hasta que le saliera una ocupación relacionada con sus estudios. Su antiguo sueño de estudiar Bella Artes había quedado relegado al baúl de los recuerdos...

—Cariño, todo llega... —le decía Chloe cuando hablaban por teléfono.

—No sé, yo creo que mi sueño se esfumó hace mucho tiempo.

—No digas tonterías, verás como pronto lo consigues.

—¿Sabes?, te echo de menos... Contigo todo parece más fácil —se lamentaba Anabel muchas de las veces que hablaban.

—Y yo a ti. En cuanto pueda, iré a verte, ¿vale? Te lo prometo.

—Gracias, te quiero.

—Yo también; ahora tengo que colgar, mi descanso ha terminado.

Anabel revisaba la prensa casi a diario, sentada en un bar que había al lado de su apartamento. Conocía muy bien al dueño, que casi nunca le cobraba el desayuno.

—Gracias, Declan, te debo la vida...

—Tranquila mujer, cuando puedas ya me lo devolverás. ¿Algo nuevo?

—No, nada. Estoy desesperada. Voy a hojear el periódico a ver si hay suerte hoy.

—Claro, seguro que es tu día de suerte. ¡Ya lo verás!

Y Declan no se equivocaba. En la sección de Ofertas, Anabel vio un anuncio que, aunque no era lo que esperaba, tal vez pudiera interesarle. Apuntó el número por si acaso.

—¿Algo interesante? —le preguntó el dueño, al ver que anotaba algo en su agenda.

—No lo sé todavía, quizá...

—Bueno, por algo se empieza. ¡Mucha suerte!

—Gracias, ya te contaré. Que tengas un buen día.

Anabel se levantó y se dirigió a su apartamento. Tomó aire un par de veces al llegar y marcó el número de teléfono. Le contestó una mujer, diría que de no más de cincuenta años, aunque la voz en ocasiones pueda confundirnos, con acento hispano; eso la sorprendió un poco.

—Buenos días, llamaba por el anuncio del periódico. Claro, sí, podría estar allí... en digamos... una hora. Vale, gracias. Sí. Allí estaré.

Anabel colgó el teléfono y soltó el aire contenido. Estaba hecho. Se vistió de manera un poco más formal; no era que el puesto lo fuera a requerir si la contrataban, pero no quería causar mala impresión. Cogió su bici y se dirigió a la dirección indicada. Habían pasado exactamente cuarenta y cinco minutos desde que había llamado. Al llegar miró la majestuosa casa, sin duda los dueños eran personas muy adineradas, eso estaba claro. Se alisó la chaqueta y se estiró un poco el pantalón. También se atusó el pelo y, mirando de nuevo el reloj, llamó al timbre. No quería esperar más. Estaba nerviosa, necesitaba quitarse de en medio aquella entrevista.

Un hombre de unos sesenta años le abrió la puerta, la saludó cordialmente y, sin preguntarle nada, la acompañó a un gran salón.

—Señorita, espere aquí un momento, la señorita Gabriella la atenderá enseguida.

—Gracias, señor —respondió Anabel.

Esperó de pie pacientemente hasta que apareció una mujer de unos cincuenta años, corpulenta, pero con aspecto afable. Saludó a Anabel.

—Señorita, soy Gabriella Zambrano, el ama de llaves y también ayudante del señor Andrew Tremblay. No sé si conoce a la familia Tremblay.

Anabel asintió. Conocía por las revistas del corazón a Andrew Tremblay; era un compositor de gran prestigio, que, tras la pérdida de su esposa, había abandonado su carrera. Por lo que se sabía de él, ahora dirigía la empresa familiar.

—El señor está en una reunión, por eso no puede atenderla personalmente. Pero no se preocupe, no hay problema, el tema de las niñeras lo delega en mí.

—Encantada de conocerla, señorita Gabriella, yo soy Anabel Mínguez.

—¿Hispana? —inquirió extrañada el ama de llaves al oír su nombre.

—Española, pero llevo cinco años en Canadá.

—¡Oh! Qué grata sorpresa, es bueno encontrarse con alguien con quien se comparte alguna raíz. Yo soy de Puerto Rico, pero mi abuela era española —dijo esta última frase en su idioma natal.

Anabel sonrió. La verdad era que también a ella le resultaba agradable conocer a alguien que tuviera sangre española en las venas, para qué negarlo.

—Me alegro, señorita Gabriella —respondió.

—Después de este grato comienzo, le explicaré en qué consistiría su trabajo: el señor Tremblay, como sabrá, es viudo y tiene tres hijas. Sophia, de cinco años, y las gemelas Lillian y Allison de dos. Son unas niñas encantadoras, aunque también muy traviesas y bastante malcriadas, para qué voy a negarlo. Llevan pasando de niñera en niñera desde que Lillian y Allison nacieron. La señora Tremblay murió cuando las gemelas tenían apenas cuatro meses, por lo que comprenderá que les falta el cariño de una madre. Su padre es un hombre muy atareado y apenas les dedica un poco de su tiempo, así que las niñas están muy descontroladas, les falta un poco de mano dura.

—Entiendo... —dijo Anabel un poco confusa. No sabía qué pensar, parecía un trabajo poco hecho para ella.

—Las niñas van al colegio, en el caso de Sophia hasta las cinco de la tarde; Lillian y Allison están en la guardería y